amargo que no puede beberse." La criada lo probó y lo encontró así efectivamente. Despues se retiró, y los dos amigos se acostaron. Aquella noche no tuvo mas testigo que Castaing, y su declaracion solo puede admitirse con mucha reserva. De todos modos véase en lo que no pudo menos de convenir. Augusto pasó una noche agitada, se quejó por diferentes veces de que no podia sosegar y tuvo cólicos. Por la mañana, en fin, declaró que no podia levantarse, que tenia hinchadas las piernas y no se podia poner las botas.

En cuanto á Castaing, salió, segun dice, para dar un paseo por el jardin. Aquello no era un capricho fuera de tiempo, sino una cosa bien urgente, porque no eran todavía las cuatro de la mañana, y uno de los criados de la casa tuvo que levantarse espresamente para abrirle la puerta. Pronto se verá que ese pretendido paseo en los jardines, no es mas que una alegacion presentada para encubrir una verdad horrible.

El primer cuidado de Castaing cuando regresó, que eran las ocho, fué pedir leche fria para Augusto. Aquel dijo que habia pedido leche caliente; pero todos los testigos declaran lo contrario. Leche fria fué lo que pidió y tenia para ello muy buenas razones. Augusto tomó la leche y poco tiempo despues le acometieron los vómitos y los cólicos. Hiciéronse desaparecer al punto todas las evacuaciones. Entre tanto el mal se agravaba visiblemente. El enfermo pidió que llamaran á un médico y Castaing le propuso hacer venir uno de París; pero Augusto quiso que se llamase á uno de allí mismo. Dicho médico, llamado M. Pigache, no pudo acudir hasta las once de la mañana, preguntó á Castaing qué opinaba de la enfermedad, y éste le contestó que la creia cólera-morbo. M. Pigache recetó emolientes y se retiró. Volvió á cosa de las tres y el enfermo seguia peor: su amigo habia salido por la tercera vez en el dia. M. Pigache volvió á las cinco, recetó un calmante y anunció que vendria de nuevo á la noche. Castaing le dijo que no era necesario. Castaing habia escrito la carta que ya conocemos y que motivó la llegada del negro Juan.

Los cuidados de este fiel servidor fueron casi inútiles; los síntomas alarmantes fueron en aumento: la respiracion del enfermo se hacia cada vez mas dificultosa y no podia tragar ya la saliva. En tales circunstancias le administró Castaing una cucharada del calmante y el efecto fué tan pronto como desgraciado. Cinco minutos despues tuvo una especie de ataque de nervios, y desde aquel momento quedó ya sin conocimiento. Castaing le dejó en ese estado hasta las once y media de la noche. Entonces M. Pigache, avisado por un criado de la casa á quien Castaing habia dicho que su amigo no saldria de la noche, fué á verle otra vez.

Aquí el escrito de acusacion se estiende en los diversos síntomas que observó M. Pigache á su llegada en el enfermo, cuyo cuerpo estaba todo cubierto de un sudor frio y lleno de manchas azuladas. Habiendo producido una sangría alguna mejoría, dijo el doctor á Castaing que miraba el estado de su amigo como desesperado; pero que sin embargo creia que podia surtir buen efecto una segunda sangría. Castaing se opuso á que se le hiciese, en vista de lo cual M. Pigache pidió que se llamase á un médico de París; pero como era ya la una de la madrugada propuso Castaing que se aguardase. A las tres marchó el negro Juan con dos cartas de M. Pigache para dos médicos de París, con órden de traer á uno de los dos. Entonces Castaing, de acuerdo con M. Pigache, fué á buscar al cura de Saint-Cloud, á quien dijo que la enfermedad de Augusto era un ataque cerebral. Mientras que al enfermo se le administraba la extremauncion, permaneció Castaing de rodillas orando con tal recogimiento y fervor, que observándolo el sacristan, dijo al cura haciéndole una indicacion: "¡vaya un jóven piadoso!" Terminada la ceremonia salió de nuevo Castaing y permaneció fuera una ó dos horas. Volvió á las seis, poco despues de haber llegado el doctor Pelletan, hijo, el cual, lo mismo que M. Pigache, opinó que el enfermo no tenia remedio. Intentóse, no obstante, administrarle algunos otros ausilios que no produjeron efecto ninguno.

Augusto espiró en medio de las lágrimas y de los gemidos de Castaing que parecia sumido en el mas profundo pesar.

VII.

Debemos descubrir ahora los pasos, que en los tres malhados dias que acabamos de referir, esperó Castaing quedasen cubiertos de un misterio impenetrable. Y para esto haremos retroceder al lector al viernes 30 de Mayo.

No se habrá echado en olvido que Augusto, despues de haber bebido el jueves á la hora de acostarse una cantidad mayor ó menor de un vino sospechoso, pasó una noche tan mala, que por confesion misma de Castaing el enfermo no tuvo fuerzas para levantarse.

Tambien se recordará que el viernes por la mañana desde las cuatro estaba ya levantado Castaing, y dejaba á su amigo entregado á agudos padecimientos para ir, segun dijo, á dar un paseo.

Si este aserto de Castaing fuese verdadero seria odioso, porque no se comprenderia que un hombre abandonase á un amigo cuya ecsistencia estaba, si no en peligro, por lo menos comprometida, para ir á recorrer los bosques. Pero aquella declaracion era una mentira: Castaing no iba á pasearse cuando salió al amanecer: iba á París, y para que no se atribuyese su ausencia á otra cosa que á un paseo, tomó un carruaje para llegar y volver en breve tiempo.

¿Y qué iba á hacer con tal premura y con tanto misterio en París? ¡Ay! No es difícil de adivinar: iba á buscar veneno, de aquel mismo veneno que habia comprado diez y siete dias antes de la muerte de Hipólito Ballet, y cuyos efectos son idénticos á los producidos por ciertas enfermedades: de suerte que los médicos mas hábiles no pueden decir si hay enfermedad ó envenenamiento.... En una palabra, iba á buscar acetato de morfina.

Castaing llegó á Paris á tiempo de abrirse las

tiendas. Entró en la botica de M. Robin, calle de la Feuillade, núm. 5, y no encontrando mas que al mancebo, á quien se dió á conocer como un encargado, le presentó una receta escrita con lápiz y que llevaba la firma del doctor Castaing, para que le diese doce granos de emético. Asustado el mancebo de la cantidad que administrada en su totalidad es mas que suficiente en efecto para causar la muerte, pareció titubear. El pretendido enviado le dijo que aquello era para administrarlo en lavativas, segun el método del doctor Castaing. Deslumbrado el mancebo con aquella frase entregó los doce granos. Provisto ya Castaing de este primer medio de destruccion, se trasladó sin pérdida de tiempo á la plaza del puente de San Miguel, en casa de M. Chevalier, otro farmacéutico de quien ha habido ya ocasion de hablar con motivo de la muerte de Hipólito Ballet, y le compró una porcion considerable de acetato de morfina. Obligado á esplicarse en la conversacion sobre el uso á que lo destinaba, dijo que era para hacer ensayos en animales.

Subió al carruaje y se volvió á toda prisa á Saint-Cloud. Al entrar en la posada pidió leche fria para su amigo: Augusto la bebió y al punto le acometieron los vómitos y cólicos: lo demas queda harto claramente esplicado para el que no esté destituido de una mediana comprension. Con efecto, es evidente que al marchar Castaing á Saint-Cloud se proveyó de la dósis de veneno que creyó suficiente para el efecto que se prometia; y para procurarse esa dósis tuvo cuanta facilidad podia apetecer. Hízose un registro en su casa y se encontró en ella una gran cantidad de acetato de morfina y otros venenos, así minerales como vegetales. De donde se infiere que Castaing pudo al marchar proveerse á su voluntad de veneno. Otra circunstancia hay que notar todavía: ya se recordará que el dia en que los dos amigos marcharon á Saint-Cloud, hicieron por la tarde una escursion á Saint-Germain. No es probable que Castaing se hubiese provisto, antes de aquella escursion, de la dósis de veneno de que pensaba servirse en Saint-Cloud: así fué que entre los dos viajes de Saint-Germain y Saint-Cloud, volvió á su casa sin gran necesidad aparente. La verdadera necesidad habia sido proveerse de veneno para Saint-Cloud. Conocido este hecho todo se esplica en la estraña conducta que observó Castaing en Saint-Cloud. Augusto y él llegaron el 29. El 30 salieron á paseo, y en este paseo compró Castaing limones y azúcar para preparar el vino por la noche. Era preciso que comprara él mismo los limones y el azúcar para que el posadero no subiese ya el vino compuesto, y Castaing tuviese un pretesto para disponer la bebida y mezclar en ella el mortífero ingrediente. Eran precisos limones sobre todo, porque el acetato es muy amargo y el amargor en el vino podia hacer sospechar su presencia é impedir á Augusto que lo bebiese. El sabor del limon tiene una fuerte energía, y Castaing esperaba que ésta encubriese y dominase el sabor del acetato de morfina. Ahora se comprende por qué Augusto encontró el vino amargo, y por qué habiendo bebido muy poco, el primer envenenamiento no tuvo efecto. Ahora se comprende lo contrariado que se halló Castaing al ver frustrado su proyecto, y como desprovisto ya de veneno, ora fuese por echar en el vino todo el que habia traido, ora porque habiendo mezclado en él la dósis que creyó suficiente, se hubiese apresurado á arrojar en el camino del cuarto de Augusto al del criado á cuyo lado se le vió pocos momentos despues de haber subido el vino, todo cuanto le habia quedado; cómo desprovisto de veneno, decimos, y persistiendo, no obstante, en su horrible proyecto, se vió obligado á ir á Paris tan de mañana y con tanto misterio para hacer nueva provision. Ahora se comprende que al volver á Saint-Cloud pidiese leche inmediatamente, y leche fria, cualidad que hace no se aperciban tanto los sabores; se la hiciese beber á Augusto despues de haber mezclado en ella seguramente los doce granos de emético, y tuviese aquel los vómitos, cólicos y dolores de vientre. Ahora se comprende por qué Castaing despues de haber administrado aquella leche salió al parecer sin objeto, pero con el fin realmente de quitarse de encima y guardar en alguna parte el acetato que queria conservar para un caso necesario. Ahora se ve que habiendo vuelto á la posada y advirtiendo que el efecto de la leche no se operaba con bastante prisa ni con bastante violencia, el temor quizá de que la robustez de temperamento de Augusto triunfase de aquella leche homicida, le hizo salir en busca del acetato, le dió á su vuelta la cucharada de bebida, y así que Augusto la tomó entró súbitamente en agonía. Vése, en fin, por qué Castaing no puede presentar los doce granos de emético y el acetato de morfina que compró, porque los echó en la leche y en el calmante.

El procurador general, despues de ecsaminar los hechos que establecen el envenenamiento de Augusto, añade:

Resulta que en la mañana del 31 se habia apoderado Castaing de las llaves de dos muebles que habia en la habitacion de Augusto en Paris, y uno de los cuales contenia á la sazon una suma de 70,000 francos en billetes de banco; que dueño ya de aquellas llaves, al punto que Juan llegó se las dió diciendo que su amo se las habia confiado para entregarlas á una persona en Paris; pero que no pudiendo separarse de aquel, le encargaba á él, á Juan, que las pusiese en manos de la persona designada. Esa persona, como despues se ha sabido, era un tal Malassis, oficial de M. Collin Saint-Menge, notario en Paris, plaza de Saint-Honoré, y depositario del testamento de Augusto, objeto de la codicia y del último crímen de Castaing.

Apenas llegó Castaing á la cárcel de Versalles, continúa el procurador general, buscó un preso que pudiese recibir sus confidencias y ayudarle á combatir las dificultades de su posicion constituyéndose en persona intermedia entre él y los sugetos á quienes tenia interés en comprometer á guardar silencio. Creyó haber hallado esa persona intermedia en un tal Goupil, compañero de prision, pero que detenido por un delito muy leve, sus acciones y cartas no estaban sujetas á una gran vigilancia. A

ese Goupil es á quien Castaing, esceptuando la confesion de sus crímenes, hizo confidencias muy amplias sobre su triste situacion: sobre la resolucion que habia tomado de suicidarse por un método ingenioso y dulce, si la autopsia deponia en contra suya; sobre sus relaciones con una mujer de la que habia tenido hijos; sobre la amistad que le habia unido con los Ballet; sobre las sospechas que recaian sobre él con motivo de la muerte casi repentina de los dos hermanos; sobre los 100,000 francos que poseia y que le habian venido, segun decia, de un tio suyo; sobre la colocacion que habia dado á ese dinero; sobre los venenos que habia tenido en su poder; sobre los que habia comprado últimamente; sobre el gran riesgo que corria si fuesen conocidos muchos de esos hechos; y sobre el grande interés que tenia en conseguir de los que los sabian que quisiesen callar. Propuso á ese mismo Goupil que se encargase de escribir á su madre para que esta diese con aquellas personas todos los pasos propios para persuadirles á que accediesen á aquel deseo. Goupil consintió en ello, y escribió á la madre de Castaing en lo cual ha convenido esta; pero atormentado luego con el peso de aquellas singulares confidencias las trasmitió á la justicia. Iguales agitaciones persiguieron á Castaing en las cárceles de Paris. Allí se ocupó tambien en anudar intrigas análogas con sus compañeros de prision para que eescribiesen á Chevalier que dijese que no era acetato de morfina lo que habia comprado en su botica. Allí tambien no sabiendo cómo salir del laberinto de contradicciones y mentiras acumuladas en sus diferentes interrogatorios, tomó el partido de hacerse el loco, circunstancia que, ya fuese la locura verdadera ó fingida, mas bien le acusa que le justifica, porque los inocentes que se hallan envueltos en una acusacion no se vuelven locos por lo regular, y sobre todo nunca tratan de fingirlo.

VIII.

El fin prematuro de los dos hermanos Ballet y la prision de Castaing acusado de ser el autor de su muerte, causaron en Paris una sensacion profunda. Esto se concebirá fácilmente si se atiende por una parte, á que Augusto Ballet pertenecia á la sociedad elegante y mantenia relaciones públicamente con Mlle. Percillien que acababa de dejar el teatro de la Grande Opera por el Odeon, en donde el público le habia hecho una acogida sumamente lisonjera: era, pues, natural que la sociedad en que vivia Augusto, y sobre todo los numerosos amigos que se habia hecho, se interesasen en un asunto en que su nombre debia figurar, y su sombra reclamar venganza. Por otra parte la familia de Castaing ocupaba una posicion honrosa, y este mismo formaba parte por su profesion de médico, de una corporacion poderosa, y que tenia interés en combatir en la opinion púlica hasta la apariencia de una monstruosa culpabilidad.

La consecuencia de esto fué que desde los primeros momentos en que se divulgaron aquellos sucesos, tomaron cuerpo dos opiniones bien marcadas; los unos no veian en Castaing mas que el tipo del asesino cobarde y pérfido, perpetrando en las tinieblas un crímen á que le habia conducido una codicia insaciable: otros, por el contrario, consideraban á aquel hombre como la víctima inocente de una reunion fatal de circunstancias, hábilmente esplotadas en interés de los herederos de Ballet, frustrados por un testamento en sus legítimas esperanzas.

Entre tanto Castaing, como hemos dicho, habia sido conducido á la cárcel de Versalles; pero fué sacado de ella bien pronto, porque el tribunal real avocó la causa á París. Confióse la instruccion del proceso á M. Desmortiers; los testigos ecsaminados pasaban de ciento, y sin embargo á pesar de los datos precisos que suministraron, acaso no hubiera podido formarse un conjunto de pruebas suficiente para motivar la remision del acusado al tribunal de Assises por falta del cuerpo del delito que escapaba á todas las investigaciones; pero el sistema absurdo de defensa adoptado por Castaing y las imprudentes confidencias que hizo en la cárcel al compañero de prision, puesto allí sin duda de intento para captar su confianza, suministraron á la acusacion un cúmulo de indicios, de documentos, y por decirlo así, de pruebas morales, propio para convencer al jurado, tanto como hubiera podido hacerlo una prueba material y palpable.

A consecuencia de esa instruccion que se prolongó por espacio de cinco meses, fué remitido Castaing y tuvo que comparecer el 10 de Noviembre de 1823, ante el tribunal de Assises del Sena, presidido por M. Hardouin, y siendo abogado general M. de Broe. La defensa fué encomendada á M. Roussel, amigo del colegio de Castaing, apoyado por M. Berryer.

M. de Martignon y su esposa, cuñados de Augusto y de Hipólito Ballet, se mostraron parte civil y eligieron por abogado á M. Persil.

El número de testigos que habian de ser ecsaminados era de noventa y uno.

Fácil es de presumir la avidez con que se fijarían las miradas de los concurrentes en Castaing cuando apareció este en el banco de los acusados.

Era un hombre de pequeña estatura, vestido enteramente de negro y de aspecto modesto y tranquilo. Sus facciones de una notable regularidad, tenian un carácter particular de reflecsion y recogimiento, á que contribuia mas aun el hábito de tener los ojos bajos; su cutis era de una blancura mate, y nada en su persona ni en sus movimientos revelaba las terribles angustias que podia suponerse le devorasen interiormente.

El escribano leyó el escrito de acusacion estendido por el procurador general Bellart y cuya lectura ocupó al tribunal hasta las dos. De consiguiente eran cerca de las tres cuando principió el interrogatorio del acusado, que no pudo quedar terminado en aquel dia.

Las primeras preguntas versaron sobre la muerte de Hipólito. Las respuestas de Castaing establecen que en la época de aquella muerte estaba haciendo un estudio especial de los venenos, que se habia procurado una gran cantidad de acetato de

morfina, que tenia conocimiento del testamento de Hipólito y que habia recibido cien mil francos de Augusto.

El presidente. El 11 de Octubre de 1822 prestásteis 30.000 francos á vuestra madre; el 15 entregásteis 66.000 francos al agente de Cambio Vatry para que comprase fondos públicos: tambien pusísteis 4,000 francos en manos de una tercera persona. ¿De dónde os habia venido ese dinero?

Castaing. Me lo tenia dado Augusto Ballet. Un dia vino á mi casa y me propuso que lo aceptase, yo rehusé, pero como insistiese, consentí en recibirlo conforme se fuese presentando ocasion para colocarlo.

El acusado añade que Hipólito queria dejarle al morir, 4,500 francos de renta, que Augusto lo sabia y que ese fué el motivo de aquella donacion considerable.

Pasando el presidente á los hechos relativos á la muerte de Augusto, dice Castaing que temiendo aquel, en vista de la muerte de su padre, de su madre y de su hermano, un fin semejante, quiso hacer su testamento. Creíase atacado de la misma enfermedad de su madre y tenia grande aprension.

CASTAING.

Pres. ¿No habeis preguntado á vuestro pariente y amigo Malassis, pasante de escribano, si era válido el testamento hecho en favor del médico?

Castaing. Sí: Augusto me encargó que lo consultase para hacer su testamento.

P. ¿No os dió Malassis un formulario de testamento ológrafo?

R. Sí, en cuatro ó cinco líneas.

P. ¿En la segunda visita no le hablásteis de un amigo vuestro que estaba desavenido con su hermana y quería entregaros doce mil libras en rentas?

R. Es posible

P. ¿No le dijísteis que ese amigo estaba atacado de una grave enfermedad?

R. Dije que se creia atacado, que habia esputado sangre.

P. ¿No fué el 29 de Mayo y antes de salir para Saint-Cloud cuando fuísteis á llevar ese testamento?

R. Sí.

P. ¿A qué hora?

R. A las siete y media.

P. ¿Y habiais leido ese testamento?

R. Augusto me lo habia enseñado mucho tiempo antes.

Al referir el acusado el viaje á Saint-Cloud, hace mencion del episodio del vino caliente, del que dice bebió una taza, y habló de la invasion súbita del mal etc.

Presidente. ¿No salísteis de la posada á las cinco y media de la mañana?

Castaing. Creo que no eran mas que las cuatro.

P. ¿Dispertásteis á los criados para que os abriesen la puerta?

R. Sí.

P. ¿Para qué salísteis á esa hora?

R. Para ir á París.

P. ¿Con qué objeto?

R. Para comprar, á instancias de Ballet, sustancias que debian servir, bien para esterminar los gatos de la posada que le impedian dormir, bien para hacer juntos esperimentos.

P. Primero ocultásteis ese viaje y dijísteis que íbais á dar una vuelta por los jardines. Por otra parte, es esta la vez primera que hablais de la intencion de hacer esperimentos.

R. Ese era mi objeto.

P. ¿Porqué no lo habeis manifestado antes?

R. Porque no me ocurrió y daba á eso muy poca importancia.

Presidente. Esa suposicion es inadmisible: antes bien dabais á eso tal importancia que, segun habeis dicho vos mismo, estábais asustado del cúmulo de circunstancias que se reunian en contra vuestra, y entre las cuales contábais por mucho vuestros viajes á París. Esplicaos, pues, en interés vuestro.

Castaing. En un principio temí hacer conocer que Augusto Ballet, sin embargo de no ser médico, se ocupaba en semejantes esperimentos. Temí

lastimar su reputacion y hacer agravio á su corazon.

M. de Broe. Con tanto mas motivo cuanto que Ballet quería, segun vuestro dicho, envenenar á todos los perros y gatos de la posada.

Presidente. Habeis dicho que Augusto no habia querido, como le propusísteis, enviar á buscar su carruaje, porque quería volver á París aquella misma noche. Entonces ¿á qué venia envenenar á los gatos?

Castaing. El fué el que quiso: yo le propuse enviar á buscar su carruaje y no accedió: quizá, me dijo, volveré esta noche á París.

P. ¿Cómo es creible que á las cinco de la mañana os enviase á buscar venenos á París?

R. Refiero los hechos tales como han pasado sin poder añadir reflecsiones que no me comunicó Ballet.

P. Pero dad al menos algunas esplicaciones

R. El no me las dió.

P. Dudo que vuestra respuesta satisfaga á los jurados. ¿No era mas sencillo mudar de posada?

R. Quizá no hubiéramos encontrado otra mejor.

P. ¿Y no era mas sencillo tadavía volver á París?

R. Augusto tenia hinchadas las piernas.

P. ¿Y por qué en un principio habeis ocultado ese viaje?

R. Por las sospechas que se manifestaron contra mí.

P. Razon mas para esplicar claramente vuestra conducta en vez de apelar á una mentira ¿Por qué fuísteis á buscar venenos á Paris?

R. Ignoraba que hubiese botica en Saint-Cloud.

P. Una habia en Boulogne á cuatrocientos pasos de la posada.

R. No me acordé de ella.

P. ¿Por qué elegísteis el acetato de morfina para envenenar á los gatos?

R. Porque queria tambien hacer esperimentos.

P. Pero no habiais ido á Saint-Cloud para hacer esperimentos, puesto que solo debíais pasar allí dos dias.

R. No habia ido á Saint-Cloud para hacer esperimentos; pero como las circunstancias hicieron que tuviese que comprar venenos, preferí tomar el acetato de morfina para que me sirviese con ambos objetos.

P. En la instruccion de la causa no habeis hablado jamas de semejantes esperimentos.

R. Estaba malo y turbado cuando fuí ecsaminado.

P. Es cierto; en la Force os hallábais en grande agitacion; pero se aguardó á que se mitigase. Se os ha interrogado en diferentes ocasiones y jamas habeis hablado de eso.

El acusado no respondió.

P. Por qué no tomásteis el específico para matar ratones en Saint-Cloud?

R. Porque queria hacer esperimentos.

P. Porqué fuísteis en Paris á dos boticas diferentes?

R. Mi primera intencion fué ir á mi casa; pero luego reflecsioné que habia llegado mi hermano con su familia. Hacia muchos años que no nos habiamos visto, y me habria detenido, con lo cual no hubiera podido volver á ver á Augusto en Saint-Cloud. Eso fué lo que me decidió á ir á la botica de Chevalier.

P. ¿Y para qué fuísteis á buscar emético en otra botica?

R. Tenia precision de ir á la calle de Saint-Honoré, y como esa botica se hallaba en el camino, me ocurrió entonces la idea de comprar emético.

P. Otra contradiccion mas: teneis declarado en el proceso que fuísteis primero á la botica de Robin y luego á la de Chevalier y ahora decís lo contrario.

R. Estuve primero en la de Chevalier.

P. ¿Por qué entregásteis al boticario una receta diciendo que el emético debia ser tomado en lavativas, segun el método de Castaing?

R. Como pedia una gran cantidad temí que me la rehusasen.

P. Si hubiéseis dicho vuestro nombre y profesion os lo habrian dado seguramente.

R. Preferí estender una receta.

Presentada que fué la receta al acusado la reconoció por suya.

P. ¿No volvísteis á pedir esa receta al mancebo de Robin?

R. No: habia sobre la mesa un papel doblado y lo cogí para envolver el emético; pero viendo el mancebo que era la receta, me lo hizo observar y se la devolví.

P. ¿No le invitásteis á que os la diese?

R. Me parece que no.

P. ¿Regresásteis inmediatamente á Saint-Cloud?

R. Sí.

P. ¿A qué hora llegásteis?

R. Entre siete y ocho.

P. ¿Al llegar pedísteis leche fria?

R. Ballet fué quien manifestó ese deseo: así fué que bajé y encargué que subiesen leche conforme aquel queria.

P. ¿Leche fria?

R. Yo pedí leche de vacas recien ordeñada.

P. Habeis declarado que trajeron una jarra de leche caliente.

R. Entendia por eso leche recien ordeñada.

P. ¿Quién echó la leche en el vaso?

R. Augusto.

P. Bebísteis vos?

R. Sí.

P. ¿Delante de quién?

R. Creo que estaba presente un criado.

P. Nadie ha dicho tal cosa. ¿Parece que no habeis tenido otro testigo de ese hecho que Ballet?

R. Creo que me vió tambien un criado.

P. ¿Podríais reconocerle?

R. Difícil seria.

P. ¿Tres cuartos de hora despues de haber bebido Augusto la leche, le acometieron vómitos violentos, evacuaciones de bilis y de materias negras?

R. Sí.

P. ¿No dijísteis al criado que vertiese el cacharro en que se hallaban esas materias?

R. No me acuerdo.

P. Sin embargo habeis convenido en ello y lo declara el criado.

R. Me acuerdo de que Augusto mandó retirar el cacharro, y yo dije al criado que lo hiciese.

P. Sois médico y debeis conocer toda la importancia de un acto semejante. ¿Por qué no conservásteis esas materias para enseñarlas á los médicos?

R. Recuerdo que dije al criado que las retirase pero no que las vertiese.

P. Esta nueva version no está conforme ni con vuestras declaraciones, ni con la del testigo. Este dice que le encargásteis terminantemente que vertiese el cacharro.

R. Puede que cediera en eso á los deseos de Ballet.

P. En último resultado, responded positivamente ¿qué órden dísteis?

R. No me acuerdo.

P. ¿No salísteis en seguida?

R. Sí.

P. ¿A qué?

R. A arrojar por el comun el acetato de morfina y el emético que habia comprado en Paris, y mezclado en un frasco.

P. ¿Por qué motivo?

R. Porque me asusté del cúmulo de circunstancias que se conjuraban contra mí.

P. Y sin embargo decíais hace poco que esas circunstancias se os habian ido de la memoria. ¿Tan poca importancia les dábais?

R. Hay cosas que conservo en la memoria y otras que se han borrado de ella.

P. Se han limpiado los conductos del comun y no se ha encontrado en ellos frasco ninguno.

R. Así lo he oido leer en el proceso verbal, y he estrañado muchísimo que no se haya encontrado el frasco. Sin duda se habrán practicado mal las diligencias. Es un hecho que yo arrojé los venenos intactos y estoy seguro de ello.

P. Prueba de que las investigaciones se han practicado con todo cuidado, es que se ha hallado otro frasco de menor volúmen que el vuestro.

R. Repito que es grande mi sorpresa.

M. de Broe. Esta es la primera vez que el acusado habla de un frasco. Hasta ahora habia dicho que arrojó las sustancias mismas.

R. No daba á ese hecho ninguna importancia.

Presidente. ¿A qué hora llegó el médico M. Pigache?

R. A las once.

P. ¿Qué recetó?

R. Una limonada.

P. ¿Fué cumplimentada su receta?

R. M. Ballet no quiso beber mas que dos veces.

P. El médico volvió á las dos. ¿Qué recetó entonces?

R. Una limonada tartarizada.

P. ¿En donde fué preparada?

R. En la botica de Anselmo en Boulogne.

P. Cuando trajeron la bebida ¿no enviásteis á pedir la receta?

R. Sí.

P. ¿Con qué objeto?

R. Con ninguno.

P. Es estraño ese cuidado. Hasta guardásteis la receta en vuestra cartera. ¿No hicísteis eso en interés de la validez del testamento otorgado en favor vuestro? ¿No debia serviros esa receta para probar que otro médico que vos fué el que asistió á Ballet en su enfermedad?

R. No.

P. Vos mismo dísteis una cucharada de aquella bebida á Ballet.

R. Le administré varias.

P. ¿No le dísteis la primera entre cinco y seis de la mañana?

R. No lo recuerdo.

P. Un testigo declara que os la vió administrar, y que cinco minutos despues se manifestaron síntomas muy alarmantes á los que siguió la agonía.

R. Cuando se presentaron esos síntomas habia tomado ya el enfermo muchas cucharadas.

P. ¿A qué hora?

R. A las nueve.

P. ¿A qué hora perdió el paciente el conocimiento?

R. A eso de las diez,

P. Sois desmentido formalmente por el testigo. Cuando M. Pigache volvió á las once ¿no practicó una sangría?

R. Sí.

P. ¿No propuso hacer otra?

R. Me dijo que aplicase sanguijuelas y así lo hice. Entonces me habló de una segunda sangría, pero añadió que temia que el enfermo espirase al tiempo de sangrarle, á lo que yo repuse que lo consideraba una cosa muy delicada.

P. Estais desmentido por M. Pigache.

R. Yo no me opuse á ello, y me limité á hacer una observacion porque él me pidió mi parecer.

P. ¿Tambien propuso M. Pigache ir á buscar un médico á París?

R. Sí.

P. ¿Y os opusísteis á ello?

R. Era la una de la madrugada y dije que temia no quisiera venir médico ninguno y nos viésemos privados del cabriolé que podia sernos útil.

P. ¿Cuál fué vuestra opinion sobre las causas de enfermedad cuya marcha era tan rápida?

R. Ignoro las causas; en cuanto á la naturaleza me pareció en un principio cólera-morbo, y luego la creí una congestion cerebral causada por una inflamacion en los intestinos.

P. Dijísteis despues de muerto Ballet que era *cólera-morbo*, y á Martignon que era una congestion cerebral.

R. Debo hacer observar que una afeccion intestinal con el cólera-morbo puede convertirse en muy poco tiempo en una afeccion cerebral. No es de estrañar que yo haya señalado dos causas diferentes: se han presentado á la vez síntomas de una y otra, y la afeccion no estaba de tal modo marcada